

MARI JUNGSTEDT

NO ESTÁS SOLA

Traducción:

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ REDONDO
y ALICIA PUERTA QUINTA



MAEVA | NOIR

Si de entre un millar de estrellas,
una de ellas se fija en ti,
ten fe en su intención,
confía en el brillo de sus ojos.

No estás solo.
La estrella tiene un millar de amigas;
todas ellas te contemplan,
te contemplan en su nombre.

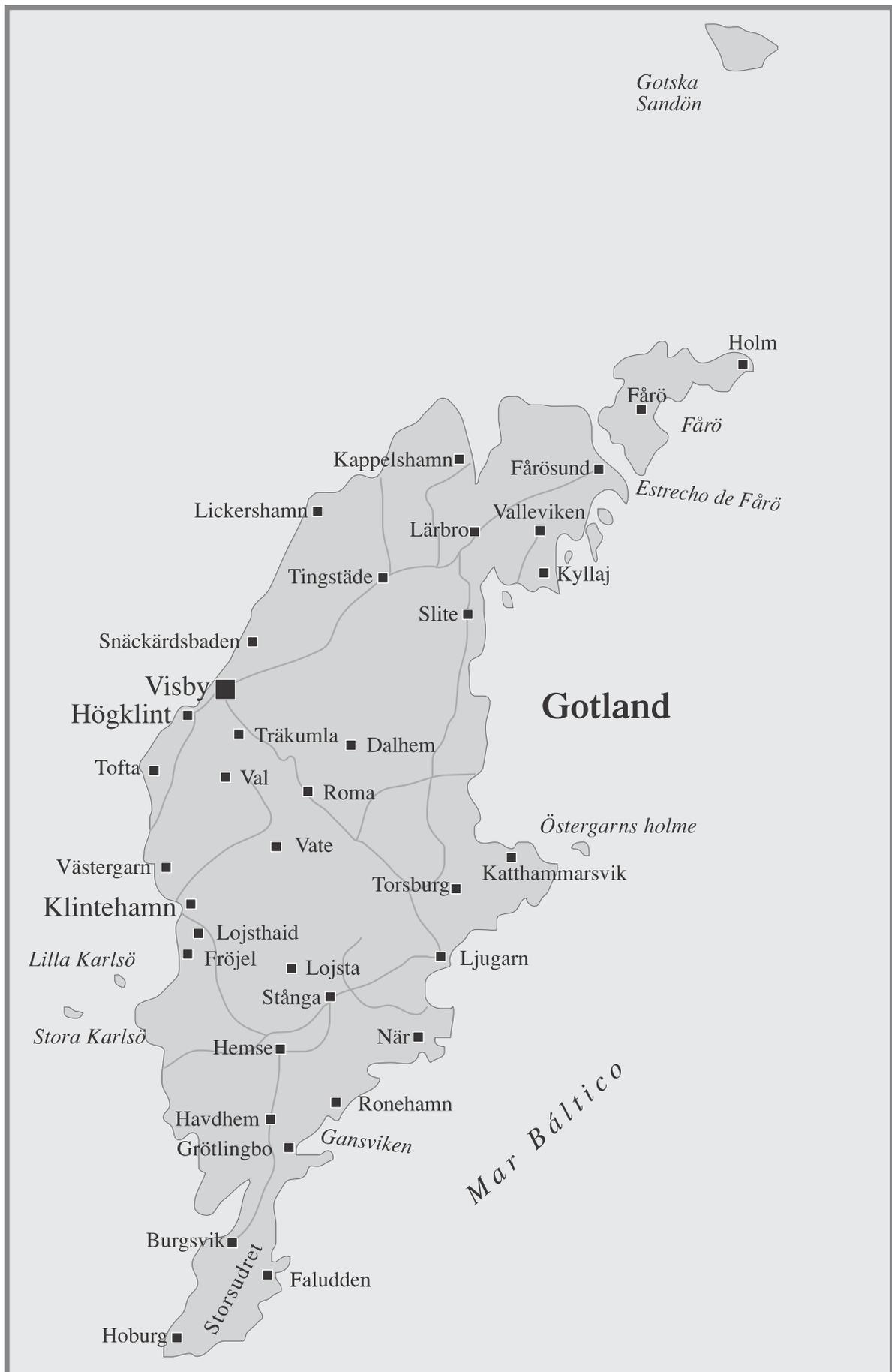
Dichoso y afortunado eres.
Esta noche el cielo está a tu lado.

CARL JONAS Love ALMQVIST

SUECIA



GOTLAND



Una luz tenue se abrió paso entre las ventanas de la iglesia. A pesar de estar en pleno día, los rayos de luz no incidían con mucha fuerza. Era la época del año en que el sol apenas asomaba por el horizonte. Fuera de la iglesia de Öja, al sur de la isla de Gotland, se hacinaban las nubes en el cielo plomizo. Los silbidos del viento envolvían la torre que se elevaba por encima de los tejados, la cual se divisaba a lo lejos.

La última tormenta llegó a la isla con una fuerza inclemente y había provocado la caída de un gran número de pinos que ahora yacían sobre las playas de Gotland.

Las campanadas de la iglesia resonaban nostálgicas y afligidas llamando a los invitados al funeral que se agazapaban bajo el viento y se apresuraban para entrar en la iglesia.

Poco a poco se fueron sentando en los bancos, que crujían, todo lo apretujados que podían y manteniendo la compostura. Todos se quedaron con la ropa de abrigo puesta, pues la iglesia era enorme y apenas estaba caldeada.

Los asistentes, absortos por aquel momento, murmuraban en voz baja ante la presencia de la muerte. Las cabezas canosas se juntaban unas a otras, asomaban rostros serios y mejillas pálidas como la nieve. La mayoría sobrepasaba los sesenta y cinco años. Las facciones arrugadas, los mentones caídos y las miradas apagadas no eran más que un mero reflejo de las tribulaciones de la vida. Las manos arrugadas acariciaban levemente nerviosas las delicadas hojas de papel de seda del libro de cánticos. El coro embellecía la escena junto con los lirios blancos, símbolos de la muerte. Todo era un recordatorio de la fugacidad de la vida y de que, al fin y al cabo, nadie se libra de ella.

Alguno giraba la cabeza, intercambiaba una mirada breve o simplemente contemplaba el espléndido interior de la iglesia. A ambos lados, predominaba una serie de pinturas medievales ornamentadas con todo lujo de detalles y el crucifijo dorado con la virgen María, *mater dolorosa*, que se alzaba cabizbaja en uno de los extremos y mostraba una belleza humilde.

Las notas del órgano llenaban por completo la nave principal de la iglesia y dotaban de vida a sus muros robustos. Se propagaban sobre las cabezas de los asistentes atravesando cada uno de los bancos hasta lo más alto del edificio.

«Maravillosa es la tierra, glorioso es el cielo de Dios, hermosas son las peregrinaciones de las almas.»

La congregación se puso en pie y se unió al cántico. La iglesia estaba casi repleta, lo cual no era muy común. La última vez que acudió tanta gente fue en el concierto de Adviento.

Fuera de aquel edificio imponente se arqueaban los árboles al viento. El invierno había dejado la tierra en barbecho, una fina capa de nieve cubría los campos helados y envolvía las

casas y granjas. Los animales se habían refugiado del invierno, los campos y prados estaban desolados e inertes. Era como si todo el mundo hubiera abandonado la isla, como si fuera un lugar olvidado e impensable para la vida humana. Aquella estación oscura y duradera conllevaba una espera interminable. Una espera por la vida.

El cielo ennegrecía cada vez más. La oscuridad había llegado para quedarse. Y con ella, la inmensa soledad.

La calle Södra Murgatan recorría la muralla medieval, y las casas que se apelotonaban en los callejones adoquinados formaban parte de la estampa típica de Visby. En las paredes de piedra caliza blanca que revestían las casas asomaban puertas bajas de madera y ventanas decoradas con cortinas de encaje y todo tipo de objetos hermosos, expuestos casi al borde de la acera. Algunas se alzaban tanto como los muros enormes y robustos que rodeaban la ciudad. Apenas había tráfico por la zona. Sobre todo en septiembre, pues la temporada alta había terminado y la mayoría de los turistas ya se habían ido de la isla.

Eva Eliasson pedaleaba con esfuerzo. Llevaba a su hija de tres años, Vilma, en el portapaquetes de la bicicleta. Le costaba, debido al pavimento irregular, pero estaba acostumbrada. Ese lunes por la mañana Vilma acompañaba a su madre a la peluquería donde trabajaba, como muchas otras veces durante el último año. Se encontraba pachucha, después de haber estado resfriada el fin de semana, y no había ido al colegio. Cuando se divorciaron, y tras ganar la custodia por lo contencioso, el padre de Vilma apenas ayudaba, a

excepción de los fines de semana que se quedaba con la niña. Por lo demás, Eva se las tenía que arreglar. Debía trabajar todo lo que podía para salir adelante económicamente, e iba tirando gracias a que tanto sus amigos como su hermana le echaban una mano con Vilma cuando lo necesitaba.

Trabajaba como esteticista de uñas. Después del divorcio, abrió su propio negocio y alquiló el salón de belleza Jenny, que estaba algo apartado, al final de la calle Södra Murgatan.

Eva aparcó la bicicleta en la parte de atrás del salón de belleza y ayudó a Vilma a bajarse del asiento. Después de encender la cafetera, se preparó para atender a la primera cliente del día que tenía cita a las nueve en punto. Salió del local y se sentó en la mesa, junto a la entrada, se encendió un cigarrillo y cerró los ojos de cara al sol. Faltaba un cuarto de hora. Después de una semana de lluvia y viento, había amainado y el buen tiempo estaba de vuelta.

Hacía mucho calor al sol. Se quitó la chaqueta de punto y le dio un sorbo al café cargado. Vilma parecía haberse espabilado. Estaba jugando con sus caballos de juguete en el césped, al otro lado de la calle, debajo de Kajsartornet, una de las muchas torres defensivas que posee la muralla. La niña hablaba sola mientras hacía que los caballos saltaran por el suelo y lucharan entre ellos. Las gafas de sol de Eva ocultaban su rostro risueño. Qué bonita era Vilma. Sintió una pizca de mala conciencia por haberse enfadado con ella el fin de semana. Trabajaba mucho durante la semana y solía darse el lujo de irse de fiesta los sábados por la noche. Era su momento de respiro. Disfrutaba con ponerse guapa, tomarse unas copas de más y buscar la aprobación de la gente. Pero ese fin de semana no había podido ser. Nadie quiso cuidar de Vilma, porque tenía mocos y fiebre.

Los pensamientos de Eva se vieron interrumpidos cuando entró la primera cliente, su amiga de la infancia Katja, que saludó alegremente a Vilma.

Eva dejó el cigarrillo, se levantó y se apresuró a darle un abrazo rápido a su amiga.

—Hola, ¿quieres café?

—Sí, por favor. Tengo muchas cosas que contarte.

Eva recogió los caballos de Vilma del césped y tomó a la niña de la mano.

—Ven, Vilma, que te voy a dar un vasito de zumo. Ven a jugar dentro.

Aprovechando que hacía un sol espléndido, Eva dejó la puerta de la calle abierta.

David Forss se despertó de repente. Algo no cuadraba. Estiró el brazo e intentó palpar el otro lado de la cama. El lado de Anna estaba vacío. La habitación, a oscuras. Se detuvo a escuchar atentamente. Silencio absoluto. Tal vez haya ido al baño, pensó. Se quedó contemplando en la oscuridad, pero no lograba distinguir nada más allá del contorno de las cortinas de la ventana. La habitación estaba más oscura de lo normal y se dio cuenta de que se debía a que la puerta estaba cerrada. Siempre la dejaban abierta de par en par. Anna se quejaba de la sensación de encierro, prefería que hubiera corriente.

Probablemente estuviera arriba cosiendo. Es lo que solía hacer cuando no podía dormir. Desde hacía algún tiempo, tenía problemas de insomnio. Se sentía cansada durante el día y se echaba la siesta después de recoger a Heidi del colegio. Antes cuidaba de su hija cuando no trabajaba, pero ahora tenía sueño constantemente. Puede que estuviera enferma y que no quisiera hablar del tema.

Anna no hablaba mucho de sus sentimientos o de lo que pensaba, nunca lo había hecho. Apenas coincidían. David

trabajaba de noche en la fábrica de caucho y ella como costurera en casa. Solía empezar a coser mientras David dormía. En el mejor de los casos, pasaban algunas horas juntos por la tarde antes de cenar y de que él se fuera al trabajo.

Antes preparaban la cena juntos e incluso les quedaba una hora para sentarse a ver la tele después de acostar a Heidi. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Él dejó que las cosas siguieran tal cual, pensaba que algún día todo aquello acabaría, que ella volvería con él, que quizá fuera algo pasajero.

David se levantó de la cama. Con delicadeza, abrió la puerta que daba al pasillo oscuro. Una tenue luz parecía inmiscuirse entre las ranuras de la habitación de costura de Anna, que se encontraba al fondo, un poco más allá del baño y del armario. Seguía creyendo que estaba trabajando. El suelo crujió levemente bajo sus pies. Al pasar por delante del dormitorio de su hija observó que la puerta estaba entreabierta y percibió el leve sonido de su respiración.

De pronto, el silencio se vio interrumpido por las campanadas de la iglesia de Öja, que resonaban monótonas en mitad de la noche tranquila. Tres campanadas. Sintió una leve irritación al pensar que Anna se pusiera a coser a aquellas horas intempestivas, que lo hubiera desvelado por eso. Y que lo hiciera precisamente cuando él estaba en casa y podían estar juntos en la cama.

Cuando se acercó a la habitación de costura, no percibió el runrún habitual de la máquina de coser, sino el suave murmullo que provenía de la habitación. ¿Con quién estaría hablando por teléfono esta vez? Se acercó sigilosamente a la puerta y pegó la oreja. Parecía la voz de una niña, pero con un tono más agudo de lo normal. Aun así, no cabía duda de que se trataba de su voz, aunque era obvio que la estaba impostando.

El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho. No lograba distinguir las palabras pronunciadas al otro lado. Oyó

que Anna soltaba alguna que otra risa tonta. ¿Qué demonios estaba pasando?

Por un instante se quedó allí, perplejo, sin saber cómo actuar. ¿Sería mejor abrir la puerta y sorprenderla? ¿O volver a la cama a hurtadillas y fingir que no había oído nada? Sin pensárselo dos veces, se detuvo en el pasillo a oscuras. Anna lo era todo para él, bien lo sabía ella. La ira se apoderó de él. ¿Estaría haciendo algo a sus espaldas? A espaldas de él, que trabajaba muy duro en la fábrica para poder ganarse el pan y mantener a la familia. Él que lo hacía todo por ella.

Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. No podía dejar de oír aquella vocecita de niña que murmuraba al otro lado de la puerta. Aquello lo desconcertaba.

Entonces estiró el brazo y giró el pomo de la puerta.

El comisario Anders Knutas se dispuso a pasar el cortacésped por toda la planicie de la parcela. La brisa de la mañana transmitía una sensación de frescura y claridad y soplaba un viento suave desde el mar. La casa estaba aislada. Apenas se cruzaba con otra gente en aquella cabaña de verano de Lickershamn, una aldea situada a pocos kilómetros al norte de Visby.

Se había levantado temprano, algo poco habitual en los últimos tiempos. Probablemente fuera porque la noche anterior olvidó tomarse la pastilla para dormir. Tenía problemas de insomnio desde que, meses atrás, empezó con aquella terrible depresión y con los antidepresivos. Por primera vez en su vida, tomaba somníferos. Le ayudaban a seguir durmiendo por las mañanas, pero se levantaba de la cama completamente desganado.

La depresión estalló por dos hechos que sucedieron relativamente seguidos. Por una parte, se había divorciado de Line, con quien había estado casado más de veinte años. Fue ella quien pidió el divorcio y, a día de hoy, él seguía sin saber por qué. Por otra, hacía tres meses había vivido una experiencia

dramática en las montañas de Gran Canaria que lo traumatizó: presenció la muerte de una familia tras precipitarse por un barranco.

Unos años antes, la doble asesina Vera Petrov mató a balazos a dos hombres en Gotland y logró huir al extranjero con su familia. Acabaron localizándola en aquella isla turística y Knutas se desplazó hasta allí. Pero durante una aparatosa persecución policial por las montañas, de la que él fue partícipe, Vera Petrov se salió de la carretera y tanto ella como sus dos hijos murieron en el acto. Knutas se quedó conmocionado y después se desmayó. Seguramente sufrió estrés postraumático.

Al principio se vio obligado a tomarse la baja completa, pero desde hacía unas semanas había empezado a dejarse ver en la comisaría. Podía entrar y salir cuando quisiera, lo importante era no permanecer totalmente apartado del trabajo, eso le había dicho el médico.

Algo que le ayudó a recomponerse fue el romance que surgió entre él y Karin Jacobsson, su compañera de trabajo más cercana, a pesar de que a la relación le costó arrancar al principio. Después de atraerse durante años en silencio, por fin habían decidido dar rienda suelta a sus sentimientos.

En el fondo, Karin siempre había estado ahí. Visualizó su rostro frente a él. Aquellos ojos cálidos y oscuros, la separación entre los dientes. Sin duda, la echaba de menos.

El salón de belleza Jenny era un local pequeño y agradable con paredes revestidas de color blanco y vigas de madera en el techo. Al fondo, detrás de una de las esquinas en un saledizo de la pared, Eva hacía la manicura a una cliente. La mañana transcurría tranquila y con poca gente. Faltaban unas horas para que llegara su compañera, la peluquera. Ya se notaba que la temporada alta había acabado. Después de un verano agitado, el número de clientes había disminuido de manera considerable.

La luz del sol se filtraba con fuerza por la puerta de la calle, que estaba abierta, y el gorjeo eufórico de los pájaros se posaba en los rosales que cubrían la fachada. El salón se ubicaba en una zona tranquila, a pesar de que estuviera a dos pasos de Adelskatan, una de las calles comerciales más concurridas de la ciudad.

Katja extendió las manos sobre la toalla que estaba en la mesa debajo de la lámpara y Eva se puso en marcha. Charlaban e intercambiaban confidencias mientras Eva hacía su trabajo. Katja le contó que había conocido a otro hombre, uno de los típicos temas de conversación que siempre resultaban

interesantes y subían el ánimo. Vilma jugaba sin rechistar con sus caballos. Eva le lanzó una mirada rápida. Qué bien se portaba la peque jugando sola. De vez en cuando desaparecía dentro del salón de belleza. Aunque se escondiera detrás del saledizo, se la oía tararear las canciones de la radio y hablar a sus caballitos de juguete. Eva la dejaba estar a su aire, eso le proporcionaba mayor autonomía para moverse a sus anchas.

Katja no paraba de contar con gran entusiasmo todos los pormenores de aquel encuentro tan emocionante, mientras Eva extendía el esmalte de uñas. Se entretenía escuchando a su amiga, que no escatimaba en detalles.

No había duda de que Katja era una persona habladora, pero también sabía escuchar. Eva le contó los problemas que tenía con Krister, su exmarido, le habló de lo menospreciado y ofendido que se sentía por no haber conseguido la custodia compartida. Era normal que le pareciera injusto, Eva lo comprendía perfectamente. Al principio estaba convencida de que lo mejor para Vilma sería vivir solo con ella, aunque, a decir verdad, ya no estaba tan segura. Su vida habría sido mucho más fácil si hubieran compartido la responsabilidad. Pero a buenas horas se le ocurría pensarlo.

De repente, Eva se dio cuenta de que llevaba un rato sin oír a Vilma.

—¡Vilma! —gritó desde el salón.

Pero nadie respondió.

—¡Vilma, ven aquí! —notó la incertidumbre en su voz.

Seguramente no fuera nada, aunque no le gustaba que su hija no le contestara.

—¡Vilma, obedece cuando te llama mamá!

El silencio seguía siendo la única respuesta.

—Perdóname un momento —se disculpó con la amiga—. Tengo que ir a ver con qué anda Vilma.

Sin esperar una respuesta, Eva se levantó y salió del salón. Recorrió con la mirada la única silla de peluquería que había, los sillones de cuero junto a la mesa de cristal de la esquina y el horizonte de Manhattan que decoraba la pared de fondo.

—¡Vilma! —gritó.

Pero ni rastro de su hija. Abrió la puerta del baño. Vacío. Al otro lado del salón se encontraba el cuarto de la camilla para masajes, pero tampoco estaba ahí. La puerta de la calle estaba abierta, Eva corrió hacia allí y se asomó fuera.

—¿La has encontrado?

Eva se volvió hacia Katja, que también había salido del local. Eva negó con la cabeza y observó cómo en la frente de su amiga se dibujaban unas arrugas profundas. Se frotaba la mano en el pecho, a la vez que miraba preocupada a su alrededor. Echó un vistazo por el césped, desde la vieja escalera de madera hasta la torre Kajsartornet. Comenzó a dar vueltas mientras buscaba por ambos lados de la calle desierta.

—¡Vilma! —le falló la voz. Tragó saliva y sintió un nudo doloroso en el pecho—. ¡Vilma!

Se volvió hacia su amiga, que permanecía en el umbral de la puerta.

—¿No está dentro?

Katja volvió a mirar alrededor para asegurarse de que la niña no estaba allí. Se giró hacia Eva, que se quedó en la calle sin saber adónde dirigirse.

—¿Crees que se habrá escondido en alguna parte? —preguntó Katja.

—No, no lo creo. No sería propio de Vilma.

Eva entró corriendo en el salón y comenzó a retirar todos los muebles, a mirar detrás del sofá y de las cortinas.

—A no ser que haya sufrido uno de sus ataques.

Finalmente, Eva se quedó en medio del salón con los brazos caídos.

—No entiendo dónde puede haber ido —dijo con voz temblorosa—. Si estaba aquí hace nada.

—Tranquilízate —la consoló Katja, y le acarició el brazo—. Seguro que no ha ido muy lejos.

Las dos mujeres rebuscaron por todos los rincones sin hallar rastro de la niña. Eva sintió cómo se le cerraba el estómago. Abrió la puerta trasera que daba al jardín y se giró hacia Katja.

—¡Tenemos que buscar en el jardín! —dijo, y percibió el miedo en su propia voz—. Puede haber ido hasta la calle Adelsgatan. ¡Vuelve a mirar si está en el otro lado!

No pasó mucho tiempo hasta que Katja soltó un grito.

—¡Eva, ven aquí! ¡Date prisa!

Cuando Eva dobló la esquina, vio a su amiga sentada en el césped. Se detuvo y sintió cómo le latía el corazón aún más fuerte. Le costaba respirar. Sin quererlo, la presión le ocupaba todo el pecho.

Katja se volvió lentamente hacia ella. Ay, dios mío, pensó. Su amiga sostenía dos zapatitos blancos en la mano. Dios mío, no me hagas esto. Estaba cada vez más aturdida y confusa por lo que veían sus ojos; ya no sentía los dedos de las manos. Se quedó de pie, como petrificada por el hielo.

—¿No son los de Vilma? —preguntó Katja.

Eva tomó aliento. Dios mío, no dejes que esto me ocurra a mí, pensó. Que no le haya pasado nada a Vilma.

—Sí —murmuró, y asintió despacio mientras los ojos se le llenaban de lágrimas y el mundo a su alrededor se volvía turbio e ininteligible.